

<< Los Surcos de la Vida >>

Esta mañana te encuentras en el espejo. Tu rostro está curtido por el sol, el agua, el aire..., paisaje de hendiduras y surcos, ríos que horadan la tierra en conquista de nuevos territorios. Manchas tatuadas por el fuego de la existencia. Y te preguntas cuando fue que surgieron. Lo cierto es que ayer también estaban, pero no las divisabas. Líneas de todas las formas: rectas, curvas, que suben, que bajan... Siempre has dicho que son líneas de expresión, pero hoy no, hoy no lo son. Te tocas las mejillas con los dedos y tiras hacia atrás intentando reconocer en la imagen que se refleja, a la mujer que todavía vive en ti. Porque tú no te sientes como te ves, tan mayor. Pero..., - asientes con la cabeza - ya son muchas estaciones las que has visto pasar. Y te das cuenta de que, en cada una de las huellas que se dibujan en ese lienzo rugoso, se entrevén numerosos episodios curtidos en tu fugaz vida que creías sempiterna. Te tocas la frente y aparecen imágenes del principio, de la niña que descalza iba diariamente a por agua con dos recicladas latas de aceite, atadas a los extremos de una rama cilíndrica alisada por el uso diario, y que llevabas a la espalda, a duras penas, como crucificada. Luego, abstraída, deslizas los dedos hacia abajo, y notas el rocío húmedo que mana de tus ojos. Agua salada que se abre camino por senderos que descienden. Cuántas lágrimas... Ojos maquillados de oscuridad a causa de las noches en vela que pasaste con tus hijos. Pero no importaba, tú lo hacías con ternura. Derramaste mucha ternura. Ahora tendrías que recibir de lo mismo que dabas, pero solo recibes soledad y silencio. Pero lo excusas: *“son los tiempos que vivimos tan a prisa”*. Sigues viajando por la piel, estirando y alisando, pero al soltarla vuelve a replegarse. Te fijas en tus labios resecos y agrietados. Ya no son rojos... *¿de qué color...?* Y te viene la imagen de la última vez que tocaron otros labios. Sí, ya te acuerdas. Él estaba en tu cama perdido, malogrado. Hace ya tanto tiempo. Se había ido para siempre, aunque lo has sentido muy próximo, cercano, en lo más recóndito. Lo amaste y aún lo amas. Un rayo de sol se adentra por la ventana y calienta tu mejilla. Dibujas una sonrisa que cambia todo el paisaje. Te hacía falta. Sonríes otra vez...